

Concurso de relatos cortos

Juan Martín Sauras

“Una palmada en el alma que me llena de ganas y agradecimiento”

Gustavo Alejandro Salvioli, primer premio

Mariano Martínez Luque

Soy arquitecto y un incansable lector desde hace más de treinta años. Escribo con conducta, de manera ininterrumpida, desde poco antes del año 2000. El trazo artístico que siempre me ofreció el ejercicio de mi profesión (especialmente en su etapa creativa), afortunadamente, me permitió descubrir muchos puntos de encuentro con mi pasión por la escritura.

Hoy trabajo en una empresa constructora y así transito mis días. Entre planes de trabajos, legajos técnicos y recorridos de obras. Pero por las noches, cuando las plantas de hormigón y las maquinarias descansan, despiertan en mí esas historias que me llevan por un rato a otras latitudes, donde el tiempo se detiene, el espacio bulle de presencias y el silencio está lleno de sonidos por decodificar.

Por eso escribo, porque es una forma de mantenerme en equilibrio, jugando a traspasar esa delgada frontera que separa la realidad de la ficción y disfrutando de charlas interminables con personajes que a menudo golpean las puertas de mi imaginación.

El pasado veintidós de mayo, recibí mi primera satisfacción extra en este solitario oficio que supone el escribir. El jurado del Concurso de Relatos Cortos Juan Martín Sauras señaló a *El derrumbe* como el cuento ganador del certamen, habiendo para ello descartado cuatrocientas nueve obras participantes, de veintitrés países diferentes. Resulta ser un empuje considerable para afianzar mi deseo de seguir retratando historias. Historias en las que, más allá de la ficción, siempre se encontrarán rastros de mi ADN.

¿En qué se inspiró para contar una historia como la de *El derrumbe*?

Por lo general, mi fuente de inspiración es la contemplación. Observando se pueden descubrir cosas maravillosas, cosas que a diario son vistas por millones de ojos, pero son observadas solo por cientos, quizás menos. En el caso de *El derrumbe* la génesis del cuento partió de una triste realidad urbana: un derrumbe producido en un barrio cercano al de Constitución (en Capital Federal, Buenos Aires) en noviembre de 2011; la víctima, un hombre de algo más de setenta años que vivía solo y tenía problemas de hipoacusia. Recuerdo que cuando me enteré de la noticia viendo un informe televisivo, me angustió el hecho del desamparo padecido por ese hombre solitario y la desidia de los responsables a la hora de evacuar el centenario edificio.

¿Cuánto tiempo le costó desarrollarla?

Fueron varios meses de trabajo. Primero dándole tiempo de maduración a la idea, y después, buscando los hilos conductores de la trama (la tormenta, los recuerdos, su relación con su esposa fallecida y con su familia, la grieta...) para, finalmente, plasmar todo lo que necesitaba decir.

Toda la historia de su relato gira alrededor de Rafael, un anciano que vive solo rodeado de sus recuerdos, ¿Ha conocido usted muchos casos parecidos?



Generalizar siempre ha sido y será odioso. Pero creo que gran parte de la sociedad actual ha dejado de ver a la ancianidad como un valor agregado, como “una voz” a la que hay que escuchar; y es así como, lenta pero inexorablemente, la ha ido ubicando en el patio de atrás. En el galponcito donde se guardan aquellas cosas que usamos muy de vez en cuando y preferimos no ver tan seguido.

No tengo dudas de que con el correr de los años uno se va haciendo “más amigo de la soledad”. Rafael se sentía acompañado por ese amigo invisible y, probablemente, a gusto. La soledad impuesta como castigo puede ser opresiva y mortificante, pero aquella que se elige como compañía para atesorar los buenos recuerdos, o para afianzar las charlas con uno mismo o con aquellos que ya han partido, puede significar una experiencia enriquecedora y hasta una visión optimista de la vida en su tramo final. Creo que aquellos que le temen a la soledad o al silencio en realidad se tienen miedo a sí mismos.

El derrumbe final del edificio, ya pronosticado desde casi el principio de la historia, ¿tiene para usted alguna moraleja?

Creo que el anuncio de esa circunstancia habla a las claras (en la vida de ambos) de un cansancio natural y entendible, que la mirada del lector puede apreciar al promediar la historia. Por un lado, un edificio centenario, con un ciclo “como espacio habitable” sobradamente cumplido; y por el otro, un hombre que siente que su vida es más importante “allá”, con su esposa, porque ve que acá no lo necesitan tanto. El derrumbe, quizás de un modo cruel, puso las dos vidas en orden.

Y, por último, ¿qué piensa de los concursos literarios como el Martín Sauras?

Son escenarios vitales para mantener “en ebullición” la faz creativa de los que estamos de este lado. Ganar un concurso de la magnitud del “Sauras” significa un estímulo difícil de explicar. En mi caso, una palmada en el alma que me llena de ganas y agradecimiento.

“Creo que escribir y leer salvan, no sé exactamente de qué, pero salvan”

Miguel Sánchez Robles, segundo premio
Rosa Pérez Romero

Miguel Sánchez Robles nació en Caravaca de la Cruz (1957). Es catedrático de Geografía e Historia en el instituto Ginés Pérez Chirinos de esa ciudad y escritor.

Su trayectoria poética está jalonada de galardones y reconocimientos literarios de primer orden. Ha recibido, entre otros, los premios de poesía: Gabriel Celaya, Miguel Hernández, Leonor, Bienal de León, Esquíu, Barcarola, Ciudad de Irún, Ciudad de Zaragoza, Julio Tovar, Rafael Morales...

En narrativa breve: Alberto Lista, Camilo José Cela (Premios del Tren), Julio Cortázar, Fernández Lema, Ignacio Aldecoa, La Felguera... Y en novela, además del Fray Luis de León por *La tristeza del barro*, tiene el premio de la Diputación de Córdoba por *Donde empieza la Nada* y el Premio Internacional Javier Tomeo, de la Universidad Rey Juan Carlos, por *Corazones de cordero*.

En ensayo ha obtenido el premio Becerro de Bengoa, de la Diputación Foral de Álava, por su libro *El sentido del mundo*. Acaba de ganar el premio de poesía Ciudad de Alcalá de Henares por el libro *...porque bebí Martini* y ha presentado en Madrid recientemente otro libro que ganó el premio internacional Blas de Otero.

Y, además de todo esto, tiene un estupendo blog <http://miguel Sanchez Robles.blogspot.com.es/>, donde conjuga perfectamente la poesía, los pensamientos, los relatos, anécdotas y las imágenes que van marcando el sentir del autor.

Él mismo se presenta en Ediciones Tres Fronteras: “Dicen los que saben mucho de Filosofía y Mecánica Cuántica que ‘Todo el secreto de la vida se reduce a que no tiene sentido, pero todos y cada uno de nosotros le encontramos uno’. Yo le he encontrado ese sentido en la lectura y la escritura. Creo que escribir y leer salvan, no sé exactamente de qué, pero salvan. Adoro los artículos de opinión de los periódicos, la verdad y la fuerza de la gente joven, los libros, la filosofía, las montañas, hacer bicicleta, el vino, la belleza y el encanto de algunas mujeres y, sobre todo, la poesía que hay en el mundo y en los libros”.

El relato *Estorbo vivo*, que presentó al concurso de relatos cortos de Andorra, trata de cómo el olvido ayuda a veces a salvar el corazón de las personas débiles y solas, de las personas que están al margen de la vida, que se han ido perdiendo y renunciando a los afectos, de las personas que poco a poco se vuelven invisibles para la sociedad y la familia. Es a la vez un texto crítico con la realidad y el mundo que nos ha tocado vivir. Y más allá de todo esto es un texto lírico y divertido. Un agri dulce relato de la soledad asumida y del deseo de tomar de la vida lo más necesario que esta pueda llegar a ofrecer.

Si algo nos ha llamado la atención y nos ha gustado del relato es que gana con cada nueva lectura. Es indudable su fuerza poética. Sabemos por tu blog lo importante que es para ti la poesía. ¿Qué te llevó a escribir relatos? ¿Cómo llevas la interrelación entre narrativa y poesía?

Es verdad, mis relatos son muy líricos. Yo vengo de la poesía. No entiendo escribir prosa sin que haya belleza en el lenguaje. Tampoco puedo leer un cuento o una novela sin esa carga lírica. No me interesan las peripecias ni los argumentos ni los crímenes. Para eso está el cine.



Por eso yo prefiero la palabra “prosía”. Debería utilizarse también ese género. Soy incapaz de leer para entretenerme o escribir para entretenerme o entretener a alguien. Si me dijeran que un libro mío “entretiene”, me sentiría defraudado, devaluado. Prefiero no tener lectores a entretener a alguien. Es mejor llenar que entretener. Y en ese sentido la poesía siempre es más que la prosa. En la poesía hallas y descubres palabras que te acompañan toda tu vida. En realidad, siempre escribo poesía. A veces un poema largo me lleva a escribir un cuento. O incluso una novela.

A pesar de la dureza del tema, nos sorprendió el modo tan esperanzador en que lo tratas y el giro que vas dando al tema del olvido conforme avanza el relato. ¿Nos podrías detallar cómo te surge el tema?

El tema del olvido me fascina. Me inquieta. Me parece muy literario. Pero el relato lo trata como una salvación contra el dolor y lo inhumano de nuestra existencia.

Yo sé que existen personas como el protagonista de mi relato. Veo a personas mayores por la calle y siento que piensan así.